

Amb
Dialoghi e scritti
per Anna Maria Babbi

a cura di
Giovanni Borriero, Roberta Capelli,
Chiara Concina, Massimo Salgaro,
Tobia Zanon

Edizioni Fiorini
Verona



Stampato con il contributo del Dipartimento di Filologia, Letteratura
e Linguistica dell'Università degli Studi di Verona

Copyright © 2016 - Edizioni Fiorini, Verona

ISBN 978-88-96419-85-4

Stampato in Italia - Printed in Italy

Grafiche Baietta - Via Carcirago, 14 - 37022 Fumane (Verona)

RAFAEL BELTRÁN

La espera nocturna, la nave misteriosa y los leones mansos
de *La historia del rey Canamor y de Turián, su hijo*:
probables huellas de una historia caballeresca breve en
Don Quijote

La *Historia del rey Canamor y de Turián, su hijo* [en adelante, *Canamor y Turián*] es una curiosa y entretenida narración de aventuras bélicas y amorosas, cuyo primer testimonio conservado es el de Valencia, Jorge Costilla, 1527. La novelita se adscribe a un género, el de las historias caballerescas breves, que cuenta con una veintena de obras y cuyo conocimiento resulta esencial para entender la evolución literaria de la materia caballeresca, el asentamiento de la primera imprenta en España y su necesaria adaptación comercial a las preferencias del público lector del siglo XVI. Estas historias caballerescas breves pueden tener origen vernáculo, como en el caso de las adaptaciones de prosificaciones de cantares de gesta (*Corónica del Cid Ruy Díaz, La crónica del noble caballero el conde Fernán Gonçales*), pero en su mayor parte proceden de novelas originalmente francesas, que tuvieron una divulgación en el resto de Europa, como *París y Viana, Flores y Blancaflor, El conde Partinuplés, Pierres de Provenza y la linda Magalona, Tablante de Ricamonte y Jofré, Roberto el Diablo, Clamades y Clarmonda*, etc.¹

¹ Véase V. Infantes, *La narrativa caballeresca breve*, en *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, ed. M. Eugenia Lacarra, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991, pp. 165-81. La principales novelas caballerescas breves han sido recogidas en *Historias caballerescas del siglo XVI*, ed. de N. Barabda, Madrid, Turner, 1995, 2 voll. Dos de ellas, al menos, bien editadas y estudiadas en *Paris e Vienna, romanzo cavalleresco*, a cura di A. M. Babbi, Venezia, Marsilio, 1991; *Pierre de Provence et la Belle Maguelonne*, a cura di A. M. Babbi, Soveria Mannelli, Rubettino, 2003; además de numerosos estudios, de los que citaré solamente el que más afecta a dos de los textos de la tradición hispánica: *Destins*

Canamor y Turián, adscrita al grupo de las novelas de origen foráneo, con las que su argumento caballeresco, sentimental y de aventuras comparte muchas características, sorprende por ser una de las narraciones más extensas del género, pero sobre todo por el hecho de que sus personajes y trama carecen de filiación conocida que los emparente no sólo con cualquier otra versión castellana antigua, sino con cualquier otro poema o relato en prosa de la ficción europea.²

Pese a que la primera edición que conservamos es la de Valencia, 1527, tenemos constancia de una anterior en Burgos, 1509, gracias a la noticia que nos da el *Regestrum* de Hernando Colón, el hijo de Cristóbal Colón, gran bibliófilo. Pero, además, también antes de 1927, el humanista valenciano Luis Vives, residiendo en Flandes, deja testimonio de la popularidad del libro, para él nociva, en su obra sobre la educación de la mujer, *De institutione foeminae christianae*. En el capítulo dedicado a los escritores que deben ser leídos o no por las mujeres, señala que era uno de los libros famosos en Flandes, y cuya lectura debía ser evitada: «In hac Belgica Florius et Albus flos, Leonella et Canamorus, Turias et Floreta, Pirus et Thisbe». En Flandes, en efecto, se leería en neerlandés, desde al menos 1523, un *Turias ende Floreta*, traducción temprana del caste-

d'amants: la réception de «Paris et Vienne» et «Pierre de Provence et la belle Maguelonne» dans la littérature européenne, en *Le Récit idyllique. Aux sources du roman moderne*, sous la direction de C. Galderisi et J.-J. Vincensini, Paris, Garnier, 2009, pp. 153-63.

² La bibliografía específica sobre *Canamor y Turián* es relativamente escasa: N. Baranda, *Aproximación a un relato caballeresco: la Historia del rey Canamor*, «Canente», 4, 1998, pp. 43-46; Ead., *Historia caballeresca y trama romanceril: la «Historia del rey Canamor» y el «Romance del infante Turián»*, «Studi Ispanici», 10, 1995, pp. 9-31; J. Fuller Hess, *The Spanish Medieval Short Chivalric Romance and the «Rey Canamor»: A Study of the «Libro del rey Canamor y del infante Turian su hijo y de las grandes aventuras que ovieron ansi en la mar como en la tierra», Valencia 1527*, tesis doctoral, Amherst, Univ. de Massachusetts, 2002; F. Gómez Redondo, *Historia de la prosa de los Reyes católicos: el umbral del Renacimiento*, Madrid, Cátedra, 2012, 2 voll., t. II, pp. 1683-90.

llano al neerlandés de la segunda parte del *Canamor y Turián*.³ Ya en la Península, seguirían hasta ocho ediciones más a lo largo del siglo, entre 1527 y 1586. Por tanto, podemos hablar de un libro ciertamente popular en el siglo XVI, aunque su fama se apaga a partir de finales de esa centuria y no lo encontraremos ya editado en pliegos sueltos entre los siglos XVII y XIX, como sí que ocurriría, en cambio, con la mayoría de sus congéneres.

Los orígenes de *Canamor y Turián* son extrañamente desconocidos. De hecho, se había solido postular que la obrita sería una creación moderna, original y autóctona, compuesta en torno a 1509, la fecha de la edición registrada de Burgos (aunque perdida). Sin embargo, la mención de «un librito pequeño roto que habla de Canamor», en un documento de 1435, obliga a retrotraer la escritura de la obra a antes de esa fecha.⁴ Este adelanto en la datación, sin embargo, no implica que toda la obra tuviera que ser compuesta antes de la fecha de 1435, puesto que el documento puede referirse a una primera parte independiente. De hecho, habla sólo de «Canamor» y la historia presenta dos secciones yuxtapuestas muy claramente diferenciadas, porque, pese al nexo filial, ni el hijo, Turián, condiciona la trayectoria del padre, Canamor, ni éste cuenta para nada cuando son narradas las aventuras de su hijo. De manera que se puede incluso plantear la posibilidad de una escritura en dos fases, con un siglo de distancia entre una y la otra. Pero resulta necesario resumir brevemente al menos el contenido de la primera parte de la obra:

³ De esta primera edición, publicada en Amberes, 1523, por Van der Noot, sólo se conservan los cuatro últimos folios. Sin embargo, la edición posterior, conservada íntegra (Amberes, 1554) permite confirmar que se trataba de una traducción directa de toda la parte correspondiente a Turián en el texto castellano. Cfr. M. J. Calvo González, *Novelas caballerescas en castellano y en neerlandés de finales de la Edad Media: el papel del impresor y el contacto entre culturas*, «Cuadernos de Filología Alemana», 2010, Anejo II, pp. 191-203.

⁴ I. Beceiro Pita, *Modas estéticas y relaciones exteriores: la difusión de los mitos artúricos en la Corona de Castilla (s. XIII-comienzos s. XVI)*, «En la España Medieval», 16, 1993, pp. 135-67: 137.

Canamor, hijo único de los reyes de Persia, Padamón y Deida, es criado «a muy grandes vicios», pero cuando llega a la juventud se propone «seguir mundo por alcanzar honra y prez».⁵ Sale de casa sin permiso de sus padres y acompañado solamente de su escudero, con el propósito de auxiliar a su ayo, el conde Catagán, asediado por el duque Gordón; mata al duque y es reconocido por el conde, que le agradece su ayuda (caps. I-II). Su segunda prueba tendrá que ver con la liberación de una doncella, amenazada en una iglesia por un caballero que se quería apoderar de su tierra. Canamor le corta la cabeza al malvado, conduce a la doncella a su castillo y allí se entregan durante ocho días a los deleites amorosos (caps. III-IV). [Toda una trama de motivos se entretajan en el siguiente episodio, el central en esta primera parte de la obra y en el que luego nos detendremos más a fondo porque en él detectamos los elementos que pudieron servir a Cervantes para urdir alguna de las tramas de *Don Quijote*.] Canamor descubre un extraño navío sin tripulación, del que descienden en un batel cuatro leones que lo conducirán a su interior. Allí desencanta a una doncella durmiente, Leonela, hija del rey Gramón y la reina Semerina, que había sido encantada por su ayo como reclamo para así poder encontrar a quien pudiera combatir con el tirano Brocadán, asesino de su hermano. Canamor se enfrenta con Brocadán, le corta la cabeza, libera el reino y casa con Leonela (caps. V-XI).⁶

En la segunda parte de la historia, mucho más extensa (caps. XI-XL), aparece ya Turián, el hijo de Canamor. Enamorado de oídas de la princesa Floreta, decide ir a su encuentro, la rapta y tras las explicaciones oportunas ambos se entregan al placer del amor. En el camino de regreso, se levanta un gran temporal y el maestre de la nave decide que Floreta es la causante de todas las desgracias y ha de ser arrojada al mar. Turián logra que al menos consientan en que sea abandonada en una peña. Allí, Floreta encontrará a una ermitaña, que la protegerá. Tras volver a tierras persas, Turián decide ir en busca de Floreta, con quien se reencuentra. Suceden una serie larga de aventuras, de una cierta complejidad, que no es estrictamente necesario resumir aquí. Turián supera diversas pruebas de conquista, que culminarán con el rescate de Floreta, con el regreso a Persia y la coronación como rey.

⁵ Seguiremos la *Historia del rey Canamor y del infante Turián su hijo*, a partir de la transcripción, basada en la ed. de Burgos, 1562, de E. Bastan y R. Stoica, «Tirant», 15, 2012, pp. 205-74.

⁶ Un homónimo de Brocadán, el enemigo principal de Canamor, se presenta en el par de capítulos finales de la II Parte de *Amadís de Gaula*, caracterizado como personaje negativo, mal consejero y traidor.

Hay que insistir en las divergencias entre ambas secciones del libro. Las aventuras de Canamor se mantienen muy apegadas a sus claros referentes artúricos, mientras que las de Turián, sin abandonar éstos, incluyen elementos más heterogéneos, bizantinos y otros. Las alusiones a las victorias de los descendientes de Turián y Floreta sobre canarios, indianos, turcos y africanos, apuntan a una redacción en el periodo de finales del siglo XV o principio del XVI. El Turián de la ficción encarnaría perfectamente, con sus peripecias y éxitos marítimos, el espíritu aventurero, colonizador y expansionista de las dos décadas que transcurren al filo de la centuria, en los reinos de Castilla y Portugal. En todo caso, los dos episodios más originales y enigmáticos, y también los que de algún modo sintetizan mejor los dos tipos de héroes protagonistas en la obra son, en la primera sección, el desencantamiento y rescate de Leonela por parte de Canamor, y en la segunda el abandono de Floreta en la peña. Y hacia el primero hemos de encaminar nuestras siguientes líneas.

Miguel de Cervantes no solamente había leído muchos libros de caballerías, sino también, con toda probabilidad – puesto que eran más breves y más populares –, algunas historias caballerescas del género que tratamos. Alude al menos, en *Don Quijote*, sin contar las historias vernáculas sobre Carlomagno y los doce pares de Francia, a *Pierres de Provenza* y *la linda Magalona*, aunque cruzándolo confundido con el episodio del caballo de madera volador en *Clamades y Clarmonda* (DQ, II, XLI); al Tomillas de *Tablante de Ricamonte* y *Jofré*, que se basa en el *Jaufré* provenzal (DQ, I, XVI); y tal vez conociera también *Enrique, fi de Oliva*.⁷ La historia de *Canamor y Turián*,

⁷ Como defiende, con buenos argumentos, C. González, *Estandartes, polvaredas, confusión e ira en «Enrique Fi de Oliva» y en el episodio de los rebaños de ovejas de «Don Quijote de la Mancha», «Espéculo», 42 [en línea]; «Y con qué puntualidad lo describen todo»: encantamientos, violencia, erotismo y humor en «Enrique Fi de Oliva», «Tablante de Ricamonte» y «Don Quijote de la Mancha», en *El olvidado encanto de «Enrique Fi de Oliva»*, ed. C. González, New York, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 2011, pp. 219-34.*

sin embargo, no ha sido nunca señalada, que yo conozca, como una posible fuente para ningún episodio ni de *Don Quijote* ni de otra obra cervantina.

Todos los episodios en los que aprecio una posible huella pertenecen a la primera parte, es decir, a la historia de Canamor. El protagonista, como veíamos en la sinopsis argumental, viene de tener una primera experiencia amorosa con una doncella anónima, a la que salva de un cruel perseguidor (igualmente anónimo). Con ella ha disfrutado de «ocho días de vicio», pero la abandona finalmente, con una promesa de regresar, que desde luego incumple porque evidentemente esta doncella «iniciática» no estaba destinada a ser su esposa. La que sí que lo será, Leonela, se presenta de una manera mucho más sofisticada y misteriosa. Es la gran aventura de Canamor y por eso su aparición se prepara con los ingredientes de tensión narrativa propios de un lance relevante.

A los tres meses de despedirse de la primera dueña con la había gozado de esa semana de amores, Canamor y su escudero se hallan perdidos, hambrientos y desamparados en medio de una montaña, lejos de cualquier población: «los más tristes del mundo, que no sabían qué se hazer». En medio del bosque, en plena noche oscura, Canamor y su escudero sienten miedo y no se atreven a ni a tumbarse para reposar ni a cerrar ojo: «toda aquella noche estuvieron en pie, quando uno, quando el otro, guardando a sí mismos y a los cavallos, por que no los comiesen malas bestias, assí como leones, ossos y lobos y otras bestias muchas que en derredor dellos andavan, ca bien pensaron aquella noche ser comidos de fieras animalias. Y otro día de mañana cavalgaron en sus cavallos y fuéronse su carrera, rogando a Dios que los sacasse a algún buen puerto» (*Canamor y Turián*, cap. v, p. 213).

No es habitual un comportamiento tan acobardado en el protagonista o protagonistas de una narración caballeresca. Evidentemente, se quiere crear un clima de misterio y suspense, y los temores nocturnos contribuyen a esa ambientación. Pero la escena está contada, sobre todo al final, de una manera que

no excluye el típico humor medieval, algo tosco, que burla de la falibilidad de los más valientes ante una situación de peligro. Lo cierto es que lo que les ocurre aquella noche a Canamor y a su escudero recuerda lo que les pasó a don Quijote y Sancho la noche anterior a su famosa aventura de los batanes (*DQ*, I, xx). El hidalgo manchego y su escudero Sancho, encontrándose en un paraje extraño y en una noche sin estrellas, son invadidos por un lógico espanto, a causa, no ya de los animales nocturnos, sino de unos ruidos extraños y persistentes que escuchan. Al final, al día siguiente, con la luz, descubrirán que no había de qué tener miedo, puesto que se trataba del ruido provocado por los golpes acompasados en el agua de los batanes de un molino. Pero la noche antes, Sancho, para evitar que su amo se lanzara a la locura de otro enfrentamiento de los suyos, había atado las patas del caballo Rocinante a las de su asno para que no pudieran andar ni el uno ni el otro, inmovilizados. De manera que así habían pasado la noche, quietos a la fuerza – subidos a sus cabalgaduras respectivas, mientras que Canamor y su acompañante la habían pasado simplemente «de pie» –, entreteniéndose la espera y contando Sancho unos cuentos estupendos, pero también sacando al exterior algunas obscenas y pestilentes intimidades.

Este detalle incidental no sería significativo, desde luego, para apuntar una influencia. Sin embargo, dos de los motivos esenciales de la aventura que sigue a continuación en *Canamor y Turián* guardan, como vamos a ver, algunas semejanzas mayores con otros dos episodios en *Don Quijote*: el del barco encantado o batel misterioso (II, xxix) y el del león manso (II, xvii).

Veamos primero lo que ocurre en la historia caballeresca. Canamor y su escudero siguen abatidos y desfalleciendo de hambre: «yendo así tristes por la ribera de la mar [...], que les aquejava el hambre muy malamente que no los podían llevar los cavallos». Y atisban una nave (y de manera no muy diferente a como lo hará don Quijote): «vido Canamor una nave que andava por la ribera en la mar, e llegó hazia allá y dio grandes voces, y ninguno le respondía; y fue dello maravillado»

(cap. v, p. 213).⁸

En *Don Quijote*, II, XXIX, se presenta como algo normal la presencia de un barco amarrado a un árbol, a orillas del río Ebro: «se le ofreció a la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla a un tronco de un árbol a que en la ribera estaba». Pero el caballero inmediatamente interpreta la presencia vulgar de ese barco desde el enfoque distorsionado por sus lecturas caballerescas:

— Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando a que entre en él y vaya en él a dar socorro a algún caballero o a otra necesidad y principal persona que debe de estar puesta en alguna grande cuita.⁹

Volviendo a Canamor, éste tiene razones para extrañarse, o presentimientos, que más adelante se confirmarán, de que algo extraño sucede. Vuelven a dar voces y es entonces cuando «vieron salir de la nave quatro leones muy grandes». La reacción primera de caballero y escudero es la de retroceder espantados. Pero luego la interpretación que hacen uno y otro del extraño suceso es dispar. Canamor ve en el hecho «una gran maravilla,

⁸ Estamos, evidentemente, ante una serie de motivos característicos de la literatura caballerescas, relacionados con la nave encantada, de origen folclórico (D8. *Enchanted ship*; D8.1. *Hero goes aboard apparently uninhabited ship*; y F242.2. *Fairy boat*).

⁹ M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. Francisco Rico, Barcelona, Instituto Cervantes-Crítica, 1998, 2 voll., p. 868. J. Guijarro dedica un capítulo de su libro, *El «Quijote» cervantino y los libros de caballerías: calas en la poética caballerescas*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2007, pp. 148-71, al episodio de la nave encantada y sus precedentes caballerescos. No menciona *Canamor* y *Turián*, pero estudia, además del *Espejo de príncipes y caballeros*, *Felixmarte de Hircania* y el *Libro tercero de don Clarián de Landanís*, cuyo cap. XLIX reza «De las extrañas aventuras que al Caballero del León Encantado y a su compañero acaescieron y cómo se metieron en un barco por la mar adelante sin saber de su camino». El compañero de Delfines, príncipe de Escocia, caballero del León Encantado (cuya figura pudo estar diseñada también a partir de la aventura de Canamor y los leones), se llama, por cierto Toriano del Castillo de la Roca, en homofonía con Turián.

venir leones en nave e no otra persona ninguna»; en cambio, su escudero, con lógica más llana, propone que se trata de leones venidos de la montaña que entraron en la nave y «mataron la gente que ende hallaron». Pero lo sorprendente para ambos – y para el lector – es que los leones muestran destrezas humanas: «descendieron [...] todos quatro a un batel que estava cerca de la nave y tomaron la cuerda con que estava atado con los dientes, y nadando començaron a llegar el batel contra aquel lugar do estava Canamor y su escudero». Canamor se coloca el yelmo, hace que su escudero se vaya y trata de calmar a su caballo, inquieto y tembloroso, golpeándolo con las espuelas. Los leones, una vez llegados a la orilla, se separan ceremoniosamente y se colocan dos a un lado y dos al otro del batel, como invitando a Canamor a subir. Así lo entiende él, que desciende del caballo y deja las riendas a su escudero. El escudero le aconseja que suba, porque todo le parece «encantamiento malo y peligroso»; ante la insistencia del caballero, pretende acompañarle, pero él se lo impide.

Canamor entra en el batel y los leones lo conducen a la nave. Tratando de crear suspense, los detalles de su subida al barco se especifican: extiende los brazos para auparse, sube, mira, no ve a nadie. Desciende entonces al camarote, que es «una cámara rica de cendales y de paños de peso toda encortinada», se acerca a la cama y ve una doncella durmiendo. Prendado de su belleza, se quita el yelmo (de nuevo, el relato de la acción desciende a esos pormenores) y la besa. La doncella despierta asustada y su primera reacción es cubrirse con un manto. Canamor justifica su beso por haberla encontrado tan bella, pero ella le responde contentísima de que se haya atrevido a hacer lo que muchos antes evitaron, por miedo a los leones. Insiste en el valor de su esfuerzo y aparentemente no hace falta nada más para el encuentro sexual: «Y con estas palabras fueron muy pagados el uno del otro, y assí se fueron a la cama ambos a dos, y allí folgaron a gran plazer de sí, y hallola acabada donzella» (*Canamor y Turián*, cap. v, p. 214)

A continuación, la nave funcionará con un mecanismo muy

simple: una sortija encantada la guía, a modo de clavija, como la que conduce al caballo Clavileño en *Don Quijote* (II, XL-XLI). Pero, antes, Canamor no se ha olvidado de su escudero, que se había quedado esperando, todavía muerto de hambre y tratando de apaciguar a los caballos. De nuevo, todo se relata pormenorizadamente: cómo explica Canamor su aventura, cómo meten los caballos en el barco, atándolos con cadenas para que no se desboquen asustados por los leones. Cuando lleguen a la ciudad de Tersia la bella, todos se admirarán al ver bajar a Canamor y Leonela custodiada por los cuatro leones, que desempeñan ciertamente el papel, como se ha visto para otros casos, no sólo de animales domesticados, sino de verdaderas mascotas.¹⁰

En cuanto a los leones cervantinos, en *Don Quijote*, II, XVII, mientras los protagonistas caminan en su viaje sin fin, se encuentran con un carro en el que van encerrados dos leones traídos de Orán, que son conducidos a la corte para ser ofrecidos al Rey. La disposición inicial del hidalgo es, por supuesto, la de enfrentarse con esos leones. Para espanto de Sancho y pese a las súplicas del leonero, Don Quijote obliga a éste a abrir la jaula del león macho, y espera con osadía que salga para luchar con él. El episodio recuerda otros de libros de caballería en los que los héroes habían salido victoriosos de feroces luchas con terribles leones.¹¹ Cervantes sabe crear una cierta expectación – aunque el lector espere un desenlace humorístico – ante la salida inminente del supuestamente feroz rey de la selva. Finalmente, el león, al no tener más remedio el leonero que abrir la jaula, se comporta, pese a su «espantable y fea catadura», de manera notablemente imprevisible. Se despereza, abre la boca,

¹⁰ A. Campos García-Rojas, *Domesticación y mascotas en los libros de caballerías hispánicas: «Palmerín de Olivia», «eHumanista», 16, 2010, pp. 268-89.*

¹¹ Estudio el episodio con algún detalle, aunque desde otra perspectiva, en R. Beltrán, *Tiemblan las carnes del valiente ante la batalla: claves caballerescas para el episodio de los requesones en la celada y el león manso* («DQ», II, XVII), «Letras», 50-51, 2004-2005, pp. 39-50.

bosteza, mira a un lado y otro, vuelve las espaldas, enseña su trasero y se vuelve a recostar dentro de la jaula, sin aceptar la oportunidad de salir de ella, ni la de luchar contra el caballero expectante.¹² La aventura transformará paródicamente a don Quijote en el *Caballero de los Leones*, que es el apelativo que se atribuye a sí mismo en la aventura de la nave misteriosa (II, XXIX).

Edwin Williamson ha detectado que, en la Segunda Parte de la novela de Cervantes, Don Quijote se siente «menos seguro de la inmediatez de la restauración del mundo de la caballería», y por ello se concentra en buscar apoyo sobrenatural para sus aspiraciones caballerescas. La parodia de Cervantes tiene ahora, en esa Segunda Parte, más que en la Primera, como objetivo principal mucho más directo los libros de caballerías, tan pródigos en esos recursos a lo maravilloso.¹³ En su busca de tales ingredientes para la continua variación de temas parodiados, Cervantes pudo hacer uso de la historia caballeresca de *Canamor y Turián*, libro poco significativo al lado de otros esenciales como *Tirant lo Blanc*, *Amadís de Gaula* o *Palmerín de Inglaterra* (los tres que el cura salva de la quema de ejemplares, en *DQ*, I, VI) y libro tal vez en su tiempo ya casi olvidado, pero tan entretenido y agradable como otras decenas de obras caballerescas que se mencionan en la novela. *Canamor y Turián* le ofrecía a Cervantes un episodio que contenía, concentrados, en pocas páginas, junto a una escena humorística original, dos motivos sugerentes y originales de la literatura fantástica: la nave encantada y los leones. El descubrimiento de Leonela, una especie de Cibeles de la ficción, portando como una auriga sin correas a cuatro leones mansos arrastrando una nave encan-

¹² El episodio del león ha sido estudiado desde distintos puntos de vista, empezando por la tradición del león manso o reverente: M. Garci-Gómez, *La tradición del león reverente: glosas para los episodios en «Mío Cid», «Palmerín de Oliva», «Don Quijote» y otros*, «Kentucky Romance Quaterley», XIX, 1972, pp. 255-84.

¹³ E. Williamson, *El «Quijote» y los libros de caballerías*, Madrid, Taurus, 1991, p. 157.

tada, tenía que ser una imagen poderosa y seguramente indeleble.¹⁴ Cervantes pudo tal vez recomponer estos tres motivos, volcando el humor del primero sobre la fantasía de los otros dos, y contando así con una fuente más –entre mil– para tres de sus episodios quijotescos: el de los ruidos misteriosos de los batanes y la espera previa en la noche oscura (I, XX), el del barco encantado (II, XXIX) y el del león manso (II, XVII).

¹⁴ La relación de Leonela con los leones podría derivar remotamente de la de Lionel, uno de los hijos del rey Boores de Gaunes y primo de Lanzarote. La mansedumbre del animal significa, claro está, acatamiento de la superioridad, y suele ser signo de un futuro ejemplar. Leonela, por otra parte, aun siendo bastante común en la literatura de los Siglos de Oro, es el nombre de una doncella de Camila, la protagonista de la novela insertada de «El curioso impertinente» (*DQ*, I, XXXIII).